

Ofrezca a sus hijos el regalo de la ausencia.

El tiempo y la atención no son las únicas formas de bendecir a nuestros hijos.

Amy Julia Becker

Cuando nos mudamos a Connecticut por primera vez hace cinco años por el trabajo de mi esposo, decidí que me quedaría sin guardería. Nuestros hijos tenían entonces seis, cuatro y dos años. Quería ser su fuente de estabilidad en medio del nuevo trabajo de su padre, una nueva ciudad, nuevos amigos y una nueva casa.

En los años transcurridos desde entonces, he aprendido que el tiempo no es el único regalo que hacemos a nuestros hijos. De hecho, he aprendido que, aunque la presencia de los padres es sin duda crucial para el desarrollo de los niños, también lo es la ausencia de los padres. Antes pensaba que el bienestar de mis hijos dependía enteramente de mi presencia, pero ahora creo que es igualmente importante confiarlos al cuidado de otras personas.

Hace apenas unas semanas, mi esposo y yo habíamos planeado salir de la ciudad para pasar un fin de semana fuera. El servicio de guardería que teníamos previsto se estropeó en el último momento cuando mi familia se puso enferma de gripe, así que envié un mensaje a una niñera para ver si podía ayudarnos. "Sería estupendo", me dijo. Y así fue.

Ese fin de semana, la niñera y su madre -que casualmente es la profesora de nuestros hijos en la escuela dominical- me enviaron fotos de mis hijos trepando por los recovecos de los árboles cercanos a un antiguo túnel ferroviario y una de mis hijas, Penny (que tiene miedo a los perros), sentada con una sonrisa de satisfacción junto al perro salchicha de nuestra niñera. La siguiente vez que vi a la madre, me preguntó si podía volver a "robarnos a nuestros hijos" porque se habían divertido mucho. Lo que empezó como una fuente de estrés -luchar por ayuda- se convirtió en un regalo inesperado, y en nuestra ausencia, los niños se divirtieron, demostraron valentía y resistencia, y se conectaron más con nuestra comunidad.

Los cristianos hablamos con frecuencia de [la importancia de la presencia](#), pero las Escrituras dejan claro que la ausencia también tiene su lugar en el proceso de discipulado.

Uno de los principios centrales del Cristianismo es la encarnación, la creencia de que Dios asumió un cuerpo en la forma de Jesús. En palabras de Eugene Peterson en *El Mensaje*, cuando Dios se hizo carne, Dios "se mudó al barrio". La presencia de Cristo en la tierra -y la presencia del Espíritu Santo incluso ahora entre los seguidores de Cristo- habla de la importancia de la presencia de Dios entre las personas. "Yo estaré con vosotros" es un estribillo que se encuentra en toda la Biblia, y como tal, es difícil exagerar la importancia de la presencia de Dios en, con, a través de y entre nosotros.

Sin embargo, el ministerio de Jesús también adoptó la forma de ausencia. A menudo "se retiraba a lugares solitarios y oraba" (Lucas 5:16). Prometió a sus discípulos que sería mejor que se marchara, porque el don del Espíritu Santo seguiría a su partida. Permaneció ausente durante días, incluso después de enterarse de la enfermedad de su amigo Lázaro. Cuando Jairo le suplicó que se ocupara inmediatamente de la curación de su hija, se ausentó por un tiempo. Y también envió a los discípulos a ministrar en su nombre, sin que él estuviera a su lado.

Los evangelistas nunca explican el motivo de la ausencia de Jesús en estos relatos, y los eruditos debaten las razones de algunos de estos incidentes. (¿Se atenía a prácticas rituales en torno a la muerte? ¿Estaba afirmando su autoridad divina?) No obstante, se puede afirmar con seguridad que la ausencia desempeñó un papel notable en su ministerio, y que se retiró en ocasiones para atender sus propias necesidades y hacer crecer el liderazgo de los discípulos.

Como madre de tres niños pequeños, estoy aprendiendo cada vez más que un compromiso intencionado con la ausencia es un regalo que hago a mis hijos, y también un regalo que Dios me hace a mí.

Cuando Jesús se alejaba de sus discípulos para orar, se ocupaba de sus propias necesidades espirituales a la vez que modelaba lo que significa vivir en un estado de dependencia de Dios. Del mismo modo, cuando me separo de mis hijos para orar, dar un paseo o tomar un café con un amigo, estoy practicando el autocuidado y también lo estoy modelando para mis hijos. El autocuidado me obliga a admitir mi humanidad, mi necesidad y mis limitaciones. Es un eco de la invitación que Dios nos hace a través del Sabbath. Como escribe Barbara Brown Taylor: "Los que descansan como Dios se encuentran libres como Dios, ya no son esclavos de las mil compulsiones que envían a otros corriendo a la tumba". De la misma manera, los que se retiran como Jesús se encuentran restaurados como Jesús, sin más pánico por todas las cosas que hay que hacer hoy.

Hace años, cuando intentaba cuidar de mis hijos sin depender de otras personas, gritaba mucho. Estaba resentida con mi vida. Y no hablaba con Dios. Cuando por fin llegué a un punto de ruptura y pedí ayuda, no sólo recuperé el equilibrio en mi vida espiritual y personal, sino que también vi la provisión de Dios en medio de mi propio agotamiento.

En los años transcurridos desde entonces, múltiples mujeres jóvenes han entrado en la vida de nuestra familia mientras yo buscaba un buen cuidado para nuestros hijos. No sólo nos han bendecido, sino que sus vidas también se han visto afectadas por nuestra familia. Nuestra hija mayor tiene síndrome de Down, y dos de sus niñas se han especializado en educación especial en la universidad, mientras que otra se ha convertido en terapeuta ocupacional pediátrica. Los miembros de la familia también han ayudado a nuestros hijos. Mi hijo, al pasar algunos fines de semana con mi madre

y mi tía, ha podido desarrollar su afición por los jardines. Durante un tiempo, nuestra hija Penny leyó libros con un vecino mayor de enfrente, lo que hizo las delicias de ambos.

En conjunto, invitar a estas personas a la vida de nuestros hijos ha dado lugar a relaciones de bendición mutua, dando y recibiendo unos de otros de una manera que vincula a nuestra familia con nuestra comunidad.

Además de practicar la ausencia intencionada -que pone a mis hijos en relación con los demás-, también he aprendido a practicar lo que yo llamaría negligencia intencionada, dejando que mis hijos jueguen sin la supervisión de ningún adulto. En un mundo de "padres helicóptero" (¡o incluso de "[padres excavadora](#)" últimamente!), dar a los niños un poco de espacio les ayuda a aprender a manejar los conflictos, a crecer en independencia y a aprender a resistir ante la adversidad. (Por supuesto, los padres deben usar su buen juicio sobre cuándo y dónde es apropiada esa "negligencia"). Jesús envió a sus discípulos a las aldeas sin él para que pudieran aprender sobre liderazgo, cometer errores y volver a Él para aprender más. Como padres, nosotros también podemos enviar a nuestros hijos al patio, al barrio o al bosque para que cometan errores y crezcan. Podemos enviarlos a la escuela con los deberes incompletos, enviarlos con nuestros amigos para hablar de los problemas y, cuando nuestros propios recursos resulten inadecuados, enviarlos a la iglesia (y a otras comunidades) para que los equipen.

El trabajo también ofrece oportunidades para practicar la ausencia intencionada. En nuestro hogar, he asumido el papel de "madre líder" que se queda en casa cuando nieva o cuando un niño está enfermo. Trabajo a tiempo parcial y limito los viajes de trabajo para dar consistencia a nuestros hijos. No obstante, creo que la ausencia de los padres por motivos de trabajo -tanto remunerado como voluntario fuera de casa- también puede beneficiar a los niños. Quiero que nuestros hijos crezcan sabiendo que tanto las mamás como los papás tienen vocaciones dentro y fuera de casa.

Un amigo mío me contó una vez la historia de un campamento de verano en el que vio a dos monitores casados dando un paseo juntos durante el tiempo libre. Mi amigo observó cómo la pareja se alejaba de la multitud, lejos de los campistas, cogidos de la mano. Sus padres se estaban divorciando en ese momento, y esa simple imagen de amor conyugal le dio una visión diferente de su futuro. Llamó a su acción un "ministerio de ausencia".

Al alejarse, aquella pareja le hizo un regalo a mi amigo. Del mismo modo, recibimos un regalo de Dios cuando aceptamos la invitación de admitir nuestras propias necesidades y depender de la provisión de Dios para nosotros y nuestros hijos. Y damos a nuestros hijos un regalo cuando equilibramos nuestra fiel presencia en sus vidas con nuestra fiel ausencia.

Amy Julia Becker es autora de A Good and Perfect Gift, /Un Regalo Bueno y Perfecto/ (Bethany, 2011) y Pequeña Charla: Aprendiendo de mis hijos sobre lo que más importa (Zondervan, 2014).

© 2017 CT Women

Traducido por: Elizabeth Guevara Cabrera.